

Historia 9—Ministerio Temprano

Desde el desierto, Cristo regresó al Jordán, donde Juan el Bautista estaba predicando. En ese tiempo, hombres enviados por los gobernantes de Jerusalén estaban interrogando a Juan acerca de su autoridad para enseñar y bautizar al pueblo.

Le preguntaron si él era el Mesías, o Elías, o «aquel profeta», refiriéndose a Moisés. A todo esto respondió: «No lo soy». Entonces le preguntaron: «¿Quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron.

«Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías» (Juan 1:22, 23).

En tiempos antiguos, cuando un rey tenía que viajar de una parte de su país a otra, se enviaban hombres delante de su carroza para preparar los caminos. Tenían que cortar árboles, quitar las piedras y rellenar los huecos, para que el camino quedara despejado para el rey.

Así, cuando Jesús, el Rey celestial, venía, Juan el Bautista fue enviado para preparar el camino, hablando al pueblo y llamándolo a arrepentirse de sus pecados.

Mientras Juan respondía a los mensajeros de Jerusalén, vio a Jesús de pie en la orilla del río. Su rostro se iluminó, y extendiendo sus manos, dijo:

«Entre vosotros está uno a quien no conocéis; este es, el que viene después de mí, y es antes de mí; del cual no soy digno de desatar la correa de su calzado» (Juan 1:26, 27).

El pueblo se conmovió profundamente. ¡El Mesías estaba entre ellos! Miraron ansiosamente a su alrededor para encontrar a aquel de quien Juan había hablado. Pero Jesús se había mezclado con la multitud y se había perdido de vista.

Al día siguiente, Juan volvió a ver a Jesús y, señalándolo, clamó: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

Entonces Juan contó la señal que se había visto en el bautismo de Cristo. «Vi, y doy testimonio», añadió, «de que este es el Hijo de Dios» (Juan 1:29, 34).

Con asombro y admiración, los oyentes miraron a Jesús. Se preguntaban entre sí: ¿Es este el Cristo?

Vieron que Jesús no llevaba señales de riqueza o grandeza mundana. Su vestimenta era sencilla y humilde, como la que usaban los pobres. Pero en su rostro pálido y fatigado había algo que conmovía sus corazones.

En ese rostro leían dignidad y poder; y cada mirada de sus ojos, cada rasgo de su semblante, hablaba de compasión divina y de un amor inefable.

Pero los mensajeros de Jerusalén no se sintieron atraídos hacia el Salvador. Juan no había dicho lo que ellos deseaban oír. Esperaban que el Mesías viniera como un gran conquistador. Vieron que esa no era la misión de Jesús, y decepcionados, se apartaron de él.

Al día siguiente, Juan volvió a ver a Jesús y nuevamente clamó: «He aquí el Cordero de Dios» (Juan 1:36). Dos de los discípulos de Juan estaban cerca, y siguieron a Jesús. Escucharon sus enseñanzas y se convirtieron en sus discípulos. Uno de los dos era Andrés, el otro era Juan.

Andrés pronto trajo a Jesús a su propio hermano, Simón, a quien Cristo llamó Pedro. Al día siguiente, de camino a Galilea, Cristo llamó a otro discípulo, Felipe. En cuanto Felipe encontró al Salvador, trajo a su amigo Natanael.

De esta manera comenzó la gran obra de Cristo en la tierra. Uno por uno llamó a sus discípulos, y uno trajo a su hermano, otro a su amigo. Esto es lo que todo seguidor de Cristo debe hacer. Tan pronto como él mismo conoce a Jesús, debe contar a otros qué Precioso Amigo ha encontrado. Esta es una obra que todos pueden hacer, sean jóvenes o ancianos.

En Caná de Galilea, Cristo, con sus discípulos, asistió a una fiesta de bodas. Para la felicidad de esta reunión familiar, su maravilloso poder fue puesto en acción.

Era la costumbre en aquel país usar vino en tales ocasiones. Antes de que terminara la fiesta, el suministro de vino se había agotado. La falta de vino en una fiesta se consideraría una falta de hospitalidad, y esto era considerado una gran deshonra.

A Cristo se le informó de lo sucedido, y mandó a los sirvientes que llenaran seis grandes tinajas de piedra con agua. Luego dijo: «Sacad ahora, y llevadlo al maestresala» (Juan 2:8).

En lugar de agua, salió vino. Este vino era mucho mejor que el que se había servido antes, y hubo suficiente para todos.

Después de realizar el milagro, Jesús se retiró silenciosamente. No fue hasta que él se hubo ido que los invitados supieron de la obra que había hecho.

El don de Cristo a la fiesta de bodas era un símbolo. El agua representaba el bautismo, y el vino su sangre, que había de ser derramada por el mundo.

El vino que Jesús hizo no era licor fermentado. Tal vino es causa de embriaguez y de muchos males grandes, y Dios había prohibido su uso. Él dice: «El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora: y cualquiera que por ello yerra, no es sabio». «Muerde como serpiente, y como áspid pica» (Proverbios 20:1; 23:32).

El vino usado en la fiesta era el jugo puro y dulce de la uva. Era como el que el profeta Isaías llama «el mosto en el racimo»; y dice: «Hay bendición en él» (Isaías 65:8).

Al asistir a la fiesta de bodas, Cristo mostró que es correcto reunirse de esta manera agradable. A él le gustaba ver a la gente feliz. Frecuentemente los visitaba en sus hogares y procuraba que olvidaran sus preocupaciones y sus problemas, y pensaran en la bondad de Dios y en su amor. Dondequiera que estuviera, Cristo siempre procuraba hacer esto. Dondequiera que un corazón estuviera abierto para recibir el mensaje divino, él desplegaba las verdades del camino de la salvación.

Un día, mientras pasaba por la región de Samaria, se sentó junto a un pozo para descansar. Cuando una mujer vino a sacar agua, él le pidió de beber.

La mujer se maravilló de esto, porque sabía cómo los judíos odiaban a los samaritanos. Pero Cristo le dijo que si ella le pidiera, él le daría agua viva. Ante esto, ella se maravilló aún más. Entonces Jesús le dijo:

«Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo

le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4:13, 14). Por el agua viva se entiende el Espíritu Santo. Así como un viajero sediento necesita agua para beber, así necesitamos nosotros el Espíritu de Dios en nuestros corazones. El que bebe de esta agua no tendrá sed jamás.

El Espíritu Santo trae el amor de Dios a nuestros corazones. Satisface nuestros anhelos, de modo que las riquezas, los honores y los placeres de este mundo no nos atraen. Y nos llena de tal gozo que queremos que otros también lo tengan. Será en nosotros como un manantial de agua, que fluye en bendición a todos los que nos rodean.

Y todo aquel en quien more el Espíritu de Dios, vivirá para siempre con Cristo en su reino. Recibido en el corazón por la fe, es el comienzo de la vida eterna.

Esta bendición preciosa Cristo le dijo a la mujer que le daría si se la pedía. Así también nos la dará a nosotros.

Esta mujer había quebrantado los mandamientos de Dios, y Cristo le mostró que él conocía los pecados de su vida. Pero también le mostró que era su amigo, que la amaba y se compadecía de ella, y que si ella estaba dispuesta a abandonar sus pecados, Dios la recibiría como a su hija.

¡Cuán contenta estuvo al saber esto! En su gozo, se apresuró a ir a la ciudad cercana y llamó a la gente para que viniera a ver a Jesús.

Así que vinieron al pozo y le pidieron que se quedara con ellos. Permaneció dos días y les enseñó, y muchos escucharon sus palabras. Se arrepintieron de sus pecados y creyeron en él como su Salvador.

Durante su ministerio, Jesús visitó dos veces su antiguo hogar en Nazaret. En la primera visita, fue a la sinagoga en el día de reposo.

Allí leyó la profecía de Isaías acerca de la obra del Mesías —cómo había de predicar buenas nuevas a los pobres, consolar a los que lloraban, dar vista a los ciegos y sanar a los quebrantados.

Luego dijo al pueblo que todo esto se había cumplido aquel día. Esa era la obra que él mismo estaba haciendo.

Con estas palabras, los oyentes se llenaron de gozo. Creían que Jesús era el Salvador prometido. Sus corazones fueron conmovidos por el Espíritu Santo, y respondieron con fervientes améns y alabanzas al Señor.

Entonces recordaron cómo Jesús había vivido entre ellos como carpintero. Frecuentemente lo habían visto trabajar en el taller con José. Aunque en toda su vida solo había habido obras de amor y misericordia, no quisieron creer que él era el Mesías.

Con tales pensamientos, abrieron el camino para que Satanás controlara sus mentes. Entonces se llenaron de ira contra el Salvador. Clamaron contra él y decidieron quitarle la vida.

Lo apresuraron, con la intención de arrojarlo por el lado escarpado de una colina. Pero los santos ángeles estaban cerca para protegerlo. Pasó sano y salvo entre la multitud, y no pudieron encontrarlo.

La siguiente vez que vino a Nazaret, la gente no estaba más dispuesta a recibirlo. Se fue, para no volver jamás.

Cristo trabajó para aquellos que querían su ayuda, y por todo el país la gente acudía en masa a él. Mientras los sanaba y enseñaba, había gran